

Por la noche
sus ojos son como de mujeres que escuchan el llanto de aquellos que nunca vieron la luz del día,
y su piel toma formas que no tienen conciencia
de lo que ocurre si se detiene el fuego con los pómulos.
En la ventana
se reflejan los rayos,
y de verlos seguramente le recordarían el silencio del jardín
cuando no duermen los gatos que recorren los tejados y los umbrales,
y los ancianos que se fueron al iniciar la tempestad,
las sombras que se niegan a ser estrellas,
y la niña que no suelta su muñeca de trapo
mientras espera a que gire la manecilla de la puerta de madera
para que se escuchen los tacones por el corredor
y se detengan frente a su cama,
—Eres una señorita; Elena, ya eres toda una señorita.
Debo dormir,
y las sombras que anhelan no ser sombras,
¿hiciste la tarea?
las ramas del árbol que golpea la ventana
y las hojas que caen.
— ¿Mañana visitaremos a la abuela?

Muertas
las nubes y las sonrisas,
muertas
las flechas que se alejan y se acercan sin que lo note,
muertas,
mientras camina sin encontrar un sitio al que no lleguen las hojas blancas como sus huellas.
Y camina
sin saber después de cuál huella no seguirá
a la que no sea la de su pecho y la de sus manos tendidas
hacia el arpa, hacia las trompetas;
hacia la llama sin vida.

Ya no es posible detenerse sobre hojas secas para contemplar como vuelan las mariposas
*— ¡hasta luego!,
recógeme cuando salgas del trabajo*

mientras el día avanza
y el humo se encierra en los rincones del salón de billar,
y las parejas de adolescentes caminan alrededor de la biblioteca.
— ¡Aquí terminan los latidos!
Dice con la voz que parece no estar cansada,
y observa las manos que dejaron de pertenecerle,
las manos que le hacían sentir cosas que no recuerda,
y camina
como la marioneta que sostiene los hilos sin moverlos a su propia voluntad.

La neblina
le resulta como un enjambre de alfileres que le persigue sin descanso
como al rey al haber quedado sin guerreros
como latidos que vuelven al ciclo de los mares.

—*La trompeta*— Repite al taparse los oídos.

*Las trompetas están mudas
y las manos de los ángeles son ciegas.*

¿Y los jinetes?

Repite,

pero el viento no le responde,

¿Y la trompeta?

¿Y las trompetas?

y el viento le golpea como látigo.

Le persigue.

Le marca bocetos rojos en la frente.

Le muestra

los puños que golpearon a las velas,

los puños que les tejieron pañuelos a los habitantes de los naufragios.

Se pone de rodillas,

lleva las manos hasta sus bolsillos

y lamenta no haber conservado un proyectil para el revólver con el que cerró los ojos de sus hijos
cuando olvidó el fruto del día y de la noche.

—*Hasta aquí no puede volver la serpiente.*

Repite una y otra vez

sin saber a cuál dolor habrá de consagrarle el invierno

que se detiene como las tardes que le guiaron hacia el vacío.

—*Hasta aquí no puede volver.*

Repite una y otra vez.

Y camina por el lugar donde alguna vez hubo un espantapájaros.

—*Hasta aquí no puede volver el martillo.*

Repite mientras se mueve cerca de lo que fue una máquina de vapor.

— *¿Y los jinetes y la trompeta?*

¿Y los jinetes—Repite

y se ahoga por no desconocer que los recuerdos son sombras de lo que se ha marchado;

y las trompetas?

de lo que ahora no se sabe si existe,

de lo que se fue por el rumbo del polvo,

y que escucha como la cuerda rota por el ángel,

como los cañones que apuntaron hacia lo que fue el altar de otra voluntad.

Ha olvidado lo que fue;

pero no importa

las lágrimas son cadenas que se volvieron cíclicas.

Santiago Vásquez

Poemas

AUTORRETRATO EN TERCERA PERSONA

Nada distingue
Se coloca las gafas
y nada entiende

AP587

Las palabras son naves a las que no se acercan las gaviotas.
Sus marineros traen ceniza.
La dejan caer en el mar;
desaparecen todas las olas.
La dispersan por el viento
se marchitan las alas de los pájaros.

Las palabras tienen sed
y no existen venas que no sean desiertos.

Las palabras son truenos que bisecan las sombras de los ángeles
y cuando el olivo danza en la boca del cañón
cubren los ojos del cordero.

Las palabras se embriagan con la nieve que en el ancla tejieron los dragones.
Las palabras son espantapájaros que pintan las nubes con silencio,
lanzan a las llamas al unicornio de cristal,
ensordecen las campanas
y se convierten en polvo los profetas.
Y su luz cubre los rieles por donde pasan los vagones que llevan cadáveres de sirenas.

Las palabras no esperan a que regresen las cadenas al espejo,
y escapan como la arena del reloj de segundos rotos.

Cada palabra se derrama para trazar el hipervínculo al final
y los marineros pronuncian el rostro inexistente.

Las palabras cargan con nitroglicerina las lágrimas de los ángeles,
Las palabras tienen sombras que trazan nuestra tumba.
Las palabras necesitan rosas dispuestas a quedar vacías.
Las palabras son el martillo que dislocó el péndulo de fuego.

*

Santiago Vásquez

Poemas

*No quedará nada
en la fuga de las sirenas*

Luis Hernández

Por esta noche está prohibido volar en mariposas
y ser el eco del barco al que no regresa la luna
cual no vuelve a la sombra de los hombres
al cual solamente un mástil de lágrimas

Las olas son permutaciones del puño de las aguas
El viento quiebra la voz del marinero y el pecho del capitán
Ya no importa que las almas repitan su naufragio en la ceniza
Las velas siempre sostendrán la furia de la arena
del fuego
de la neblina

Por esta noche está prohibido ver el arcoíris que se aleja de las manos del hombre de sombra pálida
Entre el viento se petrifican las alas de cada ángel sin brújula

Por esta noche está prohibido volar
Pero se vuelve polvo lo prohibido
Los muelles son puntos ausentes en el vuelo de las gaviotas
Y las nubes no son dragones y nunca volverán a ser sirenas